

JUAN RULFO EN BULGARIA



Rumen Stoyanov [Versión de Paola Velasco]

No puedo recordar la primera mención de una obra de Rulfo en Bulgaria. ¿Habrá sido en algún periódico? ¿Quién hojeará la prensa de aquel tiempo para localizar ese pequeño hallazgo? Tendremos que esperar el procesamiento bibliográfico de periódicos y revistas para saber quién le mencionó por primera vez y dónde. Me parece probable que hubiera sido en el semanario *LIK*, que en los años setenta del siglo XX daba una acogida cordial a escritores latinoamericanos, pero confirmarlo exige el trabajo titánico de revisar miles y miles de páginas.

La editorial Narodna Kultura, dedicada únicamente a publicar traducciones, realizó un trabajo enorme y elogiado para presentar al público obras destacadas, tanto de la literatura antigua como moderna de todo el mundo. La biblioteca Panorama contenía una serie de libros, de formato pequeño, de narradores contemporáneos. En ella, en el número 46 aparecido en 1976, se publicó *Pedro Páramo*, con la traducción de Emilia Tzenkova y un prólogo de Fanny Nazemi, escritora argentina que vivía en Sofía y que tituló sus diez páginas: “En la frontera entre la vida y la muerte”. En esta edición de la novela hay dos apéndices: “Juan Rulfo: cronología” y “Pensamientos sobre la obra de Juan Rulfo”, este último recoge ocho opiniones.

Seis años más tarde, Narodna Kultura ofreció a los lectores búlgaros una nueva selección de cuentos de Juan Rulfo con el título *Diles que no me maten*, realizada por Fanny Nazemi y traducida por Anna Zlatkova, Lachezar Mishev, Miroslava Mateeva y Rumen Stoyanov, con un prólogo de Nikola Indzhov titulado “El mexicano callado”. Esta colección de cuentos aparecida con un título distinto en Bulgaria era *El llano en llamas*.

En 2004 la editorial Abagar reunió en un libro, que anunciaba su contenido como “Literatura clásica mundial. Realismo mágico”, la novela *Pedro Páramo* –en la traducción de Emilia Tzenkova– y los cuentos de *El llano en llamas* –en la versión búlgara de Valentina Slavova–. En esta edición, Nikolai Zvezdanov escribió el epílogo que cierra el libro; ahí escribe: “Juan Rulfo (1918-1986) es, definitivamente, el escritor mexicano más complicado y

enigmático; con solo dos libros, *Pedro Páramo* y *El llano en llamas*, consigue crear su irrepetible modelo mágico-mitológico del mundo, que supera los marcos nacionales para convertirse en un emblema universal de la literatura y cultura latinoamericana contemporáneas”.

En 1981 BZNS (la Unión Nacional Agraria Búlgara) editó *Nos han dado la tierra*, reuniendo a 25 cuentistas de 19 países latinoamericanos: Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Chile, Ecuador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana, Salvador, Venezuela y Uruguay. La compilación y el prólogo fueron del argentino Alfredo Varela y la traducción de Valentina Rafailova. En el prefacio de esta antología, que lleva por título el mismo del cuento de Rulfo, Varela termina diciendo:

¿Por qué puse como título de esta colección el del cuento de Juan Rulfo “Nos han dado la tierra”? Porque esta “anteverdad”, utilizada por el notable escritor mexicano y que denuncia reformas agrarias detenidas en medio del camino y que no han dado nada, es la mejor ilustración de lo que revelan los cuentos reunidos aquí: el engañado –por lo menos hasta ahora– y profundo anhelo popular de una reforma agraria real, condición necesaria para toda transformación social en nuestros países. En el cuento de Rulfo esta frase es un testimonio de la burla de que fueron víctima los campesinos. Pero mañana... mañana se convertirá en realidad lo que hoy parece inalcanzable y entonces podremos declarar con una alegría triunfante: “Hemos conquistado la tierra”.

En el inicio de este mismo prólogo, Varela declara: “Con solamente dos libros, *El llano en llamas* (1953) y *Pedro Páramo* (1955), Rulfo se coloca entre los creadores más imponentes en las letras latinoamericanas contemporáneas; lo cual se puede comprobar por las numerosas referencias a su obra y los grandes tirajes que ha alcanzado.”

En el número 2 de la revista *Savremennik*, de 2012, encontramos la traducción de Elena Anguelova de “Nos han dado la tierra”. En ese número se lee también una nota sin firmar en la que se cita a Borges, afirmando que “*Pedro Páramo* es uno de los mejores libros de la literatura hispánica e incluso de la mundial [...]. Juan Rulfo se impone como uno de los narradores más profundos y originales representantes de la corriente latinoamericana del realismo mágico”. La nota, acompañada de una foto de Rulfo y dos más, tomadas por él mismo, lleva el título de “La tierra que nos han dado”, evidentemente para no repetir “Nos han dado la tierra”. En realidad, Rulfo llamará a su texto “Nos han dado la tierra”, sugiriendo la totalidad: no nos fue dada parte de la tierra, sino toda ella. La ironía es más amarga.

Lo expuesto echa una luz, somera pero elocuente, sobre la recepción de la obra de Rulfo en ultramar; pero el título que he puesto a este texto anuncia otra cosa, y a ella voy a referirme: ¿qué acontecía en la narrativa búlgara cuando se tuvo el primer contacto con los trabajos poco voluminosos del mexicano y cuál era la relación con ella? Estábamos viviendo el tiempo del realismo socialista. Ya no en su forma inicial, la más primitiva –para no calificarla de ruda, torpe–, que exigía se tallase la imagen positiva del secretario del partido, quien podía (es decir, a quien se le permitía) tener pequeñas dudas, vacilaciones, admitidas sólo con la finalidad de que sus virtudes brillasen de una manera aún más luminosa, casi enceguedora, con un tipo superior de convicción absoluta en la justicia triunfante del marxismo-leninismo-stalinismo (sin el último después de 1953). Mostrar su fuerte preparación política, su voluntad de hierro, que supera cualquier obstáculo, en pocas palabras: una especie de superhombre, aunque cotidiano, trabajador en una fábrica, en una hacienda cooperativa.

Vasil Popov, cuyos 90 años se cumplieron recientemente y quien apreciaba la narrativa latinoamericana hasta el punto de aprender español para leerla directamente del original, en una ocasión me dijo: “Cuando empezamos a escribir, para nosotros había únicamente dos temas: el primero, hablar de jefes de brigada que cumplen el plan de obtención de leche; el segundo hablar de un saboteador. Escoge”. Y abría ante mis ojos dos de sus rollizos dedos, el índice y el medio. En ese tiempo, para nosotros ese gesto todavía no significaba victoria. }

Cuando, en el campo de las letras búlgaras, levantó altura aquella narrativa de ultramar encabezada por *Cien años de soledad* (1971, una de las primeras traducciones), ya se había relajado el dogmatismo (realismo) socialista; porque aquel régimen social, como cualquier otro, no estaba petrificado ni era inmutable: evolucionaba –aunque de forma bastante tímida– ante el empuje de circunstancias externas e internas. En el propio partido, personas de visión más amplia deseaban un aflojamiento (si bien relativo) y que se actualizara sobre lo que ocurría en el resto del mundo, aunque de modo cauteloso para no perturbar el dominio sobre los corazones y las mentes de los trabajadores y, sobre todo, no dañar el poder. Hacían lo que podían, siempre dentro de los marcos de lo permitido.

En tal ambiente ideológico y artístico nos llegaron, de un modo tangible, los latinoamericanos. Voy a hacer una pequeña desviación, para lectores jóvenes. En aquellos tiempos todo ocurría bajo procesos de planificación. La planificación era una de las ventajas indiscutibles, y orgullo del socialismo, para combatir y vencer al capitalismo, donde las cosas obedecían a la espontaneidad desencadenada del mercado en contra de la planificación total que desarrollábamos en el mundo socialista en plenos,

congresos y con tanto entusiasmo y abnegación que, entregados a esta actividad que buscaba prever todo, nos embriagábamos con los éxitos milagrosos y no veíamos (lo cierto era que cerrábamos los ojos) que detrás de la Cortina de Hierro se producían más y mejores mercancías y servicios.

Miles de personas, en la industria y economía rural, eran llamados, significativamente, planificadores, planificadoras, y sus respectivos ramos eran sectores de planificación. No estaba planificado que el realismo mágico, en particular, y la nueva narrativa latinoamericana en general, ejerciesen una influencia sobre nuestras letras, pero, a pesar de esta omisión del proceso de planificación, ocurrió. Al realismo socialista no le gustaba la libertad, tampoco el folklore. No eran fuente de materiales para sus obras. Existía una actitud no afectuosa ante el lenguaje: lo que importaba era el contenido. Para los latinoamericanos el primero era, por sí solo, protagonista. Considerado con importancia de primer orden lo trabajaban mucho, era un recurso destacado en la renovación total de la narrativa. El dogmatismo socialista dividía el conjunto indivisible en forma y contenido: la primera atendía al segundo y le era subordinada. Los realistas mágicos, los nuevos narradores (con Julio Cortázar a la cabeza), le prestaban una importancia mucho mayor a la relación lenguaje-forma de lo que permitía el camarada Real Socialista. Los latinoamericanos le daban un ejemplo desagradable de que la forma, el lenguaje, puede adquirir una importancia más significativa de lo que permitía el todopoderoso Partido Comunista de la Unión Soviética. ¿Cómo era posible que forma rivalizase con contenido, si éste último es determinante mientras que ella es determinada? Debían existir en esta correlación previamente establecida y cada intento por superar los estrechos márgenes de la forma era considerado una desviación nociva hacia el formalismo, algo peligroso y castigable, un atentado contra las bases de la estética marxista-leninista. En pocas palabras: forma, sí; formalismo, no. Para los latinoamericanos, cabezas briosas que vivían, pobrecitos, en otras condiciones sociales, no estaba en vigor el realismo socialista con sus planteamientos y aplicaciones prácticas. Aquí la acusación de formalismo pendía como una espada de Damocles, mientras que a esos escritores –hasta ayer perfectamente desconocidos en nuestra tierra–, Carpentier, García Márquez, Rulfo, la forma no los amenazaba. Todo lo contrario, apreciaban la expresión mucho más de lo que, avaramente, permitía el camarada Realistov. Para ellos la forma era un arma poderosa de autoafirmación nacional y continental con respecto a la madre España.

Dicho muy simplemente: los hijos habían crecido lingüísticamente y querían vivir fuera de la casa lingüística materna, sentirse literariamente mayores de edad y algo más: rechazar la tutela de los padres y que

esto les fuese reconocido por otros. En este ímpetu es explicable por qué la lengua había adquirido una importancia más fuerte de la que preveía, y permitía, el realismo socialista, con la respectiva sorpresa entre los lectores búlgaros ante las osadías verbales, no habituales para nosotros, y que encontraron a nuestro cuerpo de traductores sin preparación para manejar los atrevimientos de ultramar, obligándolo a acomodarse sobre la marcha. Esta nueva literatura encontró, además, un medio favorable: el deseo de reducir –si no de rechazar por completo– las limitaciones que imponían las exigencias ideológicas y estéticas partidistas. Conforme al materialismo dialéctico, obligatoriamente enseñado en las escuelas superiores, cada fuerza genera su antifuerza. Así fue con el realismo socialista, que imponía un orden pesado. Había, en aquella época, necesidad de un aire más fresco, de cierto relajamiento, un anhelo engendrado y estimulado precisamente por las restricciones partidarias. Este anhelo de panoramas más amplios fue un medio adecuado donde vinieron a parar los nuevos latinos: sin pretenderlo, resultaron realistas mágicos contra realistas socialistas, una suerte de quinta columna importada. La nueva narrativa hispanoamericana respondió, sin planeación, al deseo de libertad lingüística y temática; espontáneamente, estimuló una comprensión más amplia de la ficción y, por ende, de lo que se podía hacer en este terreno.

No debe pensarse que nuestros escritores búlgaros estaban sentados, mano sobre mano, esperando el arribo del realismo mágico. No todos, naturalmente, pero sí varios andaban por sus propios senderos un camino similar, y en la presencia de los insospechados cofrades de ultramar vieron un aliado inesperado, llegado de sopetón, y muy útil. Yordán Valchev, Vasil Popov, Yordán Radichkov, Gueorgui Alexiev, Mariy Yagodov, Dimitar Valev, Gueorgui Markovski, Dimitar Yaramov, por mencionar algunos, llevaban a cabo sus búsquedas apoyados y acompañados por la afluencia hispanoamericana. Rememoro *Tiempo dividido*, que se adelantó al realismo mágico de ultramar. *Nacimos endriagos* de Yordán Valchev también contiene elementos que lo vinculan con el realismo mágico. El conjunto atrevido de autores latinoamericanos, integrado por individuos deslumbrantes, resultó un viento de popa que favoreció las aspiraciones que se gestaban en la literatura búlgara. Esta influencia positiva debe tenerse en cuenta, porque no todo lo traído del extranjero deja huellas.

En Bulgaria, en realidad prácticamente en todo el mundo, América Latina sugiere la idea de alegría, de locuras carnavalescas, de canciones apasionadas y sonidos encantadores de guitarra; de gente amable, sonriente, y vertiginosos paisajes, civilizaciones antiguas, enigmáticas. Un refugio donde tomar aliento de los pesares diarios. Pero



esa realidad atrayente convive con otra, dolorosamente contraria: la violencia. ¿Cuál de las dos es más latinoamericana? Pregunta superflua: ninguna de esas realidades excluye a la otra, coexisten y se completan. Y para tener una idea más o menos clara de Latinoamérica es necesario aceptarla en esta unidad bi-compuesta que *Cien años de soledad* ejemplifica con todo el poder del verbo de García Márquez.

Juan Rulfo captura un lado triste de México, violento y pobre, y la profunda desigualdad de su sociedad. En su creación maestra encontramos dos cosas que los búlgaros no tenemos: peleas de gallos y lo que llamo literatura de la

muerte. A pesar de que los humanos morimos en todas partes, esta suerte universal en nuestro país no es materia de creación como lo es en México, donde es elevada a alturas estéticas. Viví dieciocho años en América Latina, cinco de ellos entre descendientes de mayas y aztecas, enseñando búlgaro en la Universidad Nacional Autónoma de México, en aquel entonces y aún ahora una de las universidades con más estudiantes en el mundo. Mi estancia fue suficiente para convencerme del lugar central que ocupa la muerte en la sociedad mexicana. Alberto Beltrán, dibujante destacado que estableció un contacto personal entre Bulgaria y México, quiso representarme con cuerpo de esqueleto en un Día de Muertos. No terminó su dibujo porque yo no iba a

posar para ello. Pero la muerte en verdad está presente en México con una vivacidad única. Rulfo nos permite a los búlgaros ver cuán inherente al mexicano son la muerte y la violencia, mientras que nosotros, tanto en lo cotidiano como en la literatura, eludimos la muerte. No es un reproche a nadie, gracias a Dios los pueblos son diferentes, de no ser así todo sería un tedio enorme. Se ha escrito muchísimo sobre la actitud tan propicia de los mexicanos ante la muerte, voy a hacer una nota muy breve.

Por motivo del Día de Muertos se preparan, compran y regalan diferentes dulces representando cráneos: esas calaquitas sabrosas evidencian una especie de impavidez ante la partida definitiva: “no me asustas agitando la guadaña, nomás provocas risa; mira, te como y listo”. Periódicos, revistas, publican alegres imágenes de esqueletos, inclusive de personalidades eminentes; se ponen a la venta toda clase de objetos que hacen parecer poca cosa el fin inevitable. Este ambiente festivo y alegre afirma el vigor de la vida, lo temporal supera a lo eterno.

La Revolución Mexicana (1910-1917) se llevó un número monstruoso de vidas respecto a la población de entonces. Se habla del orden de 1,000 000 a 3,400 000 seres humanos, incluyendo no solo caídos en combate, sino muertos por enfermedades y por hambre. No pasaron diez años y estallaron nuevas luchas, esta vez con base religiosa: el gobierno introdujo medidas que procuraron limitar el poder de la Iglesia Católica, lo cual provocó una resistencia armada, principalmente campesina (1926-1929), llamada Guerra Cristera (porque el grito de combate era ¡Viva Cristo Rey!), en la que perecieron por lo menos otras 250, 000 personas. Durante la Revolución muchas aldeas quedaron desiertas, sobre todo porque los habitantes huyeron amenazados. La entrañable y desierta Comala de Pedro Páramo, habitada por personajes muertos, proviene no solamente de la imaginación inusitada del autor, sino que tiene su origen en aquel abandono forzado que dejó poblados vacíos. Después del glorioso y heroico 10 de noviembre, en Bulgaria, un destino semejante arremetió contra centenas de aldeas búlgaras que fueron abandonadas por sus habitantes. Juan Rulfo elevó el despoblamiento mexicano a una cumbre mundial de la novelística. En Bulgaria, ¿dónde están nuestras obras acerca de aldeas totalmente vacías, con unos que otros ancianos, hombres y mujeres? Los escritores de mi patria no veían el fenómeno conmovedor que también nos laceraba, no les representaba nada. Perseguían la creación de *best sellers* con sus anhelados dólares, levas. ¿Qué narrador ha vivido un tantito en una aldea así para sentir su drama panbúlgaro? Preferimos quedarnos en nuestra zona de confort. Conocer grandes obras de otras literaturas permite vernos con la claridad del reflejo: modos de ser, psicología, mentalidad, arte... valorarlos con mayor exactitud y profundidad, entender quiénes somos, cómo somos y enriquecernos con

la experiencia ajena para, en una de esas, llegar a comprendernos. Juan Rulfo abre una ventana impresionante que da a una aldea muerta, con habitantes muertos: Comala. Es un atisbo para entender a México, a América Latina y a Bulgaria.

En el verano de 1977 se realizó en Sofía el Encuentro Internacional de Escritores. Participaron bastantes latinoamericanos: Nicolás Guillén (Cuba), Héctor Mujica (Venezuela), Onelio Jorge Cardoso (Cuba), Mario Benedetti (Uruguay), Miguel Otero Silva (Venezuela), Alfredo Varela (Argentina), Alexis Márquez Rodríguez (Venezuela), Volodia Teitelboim (Chile), Arturo Corcuera (Perú), Alfredo Gravina (Uruguay), Dencil Romero (Venezuela), Roberto Armijo (El Salvador), Raúl Lara (Argentina), Antonio Cisneros (Perú), Luis Britto García (Venezuela), Winston Orillo (Perú) y Juan Rulfo (México).

Diecisiete personas. Nunca antes ni después tuvimos una presencia tan imponente de escritores de América Latina. Su presencia atestigua las relaciones literarias sin precedente con Latinoamérica, nuestra comunicación activa con ella. Lo debíamos al planteamiento marxista postulando que, debajo del Río Bravo, maduraba un movimiento revolucionario y nuestro deber internacional era ayudarlo en nombre de la causa común: el triunfo del marxismo en el mundo entero. Nuestro estado, al igual que todo el campo socialista, trabajaba para lograrlo y esto incluía traducir e invitar intelectuales de convicciones de izquierda. A esta política hacia Latinoamérica debemos la aparición de Juan Rulfo, precedido por su libro irrepitible *Pedro Páramo*. Su presencia atestigua, también, que en aquellos tiempos Hispanoamérica estaba, literariamente hablando, mucho más cerca de Bulgaria de lo que está hoy, que nos hemos ya democratizado.

En internet hallé más información sobre el vínculo directo e importante, por su peso literario, que tiene Rulfo en el intercambio cultural entre Bulgaria, México y América Latina: la revista *Plural* en el número 189 de 1987, p. 27-30, publicó “Una entrevista desconocida de Juan Rulfo”, dada a Ivan Argentinski con traducción y notas de Rumen Stoyanov. Para mí fue una sorpresa, lo había olvidado por completo, como muchas otras cosas realizadas durante aquellos cinco años (1983-1988) cuando enseñaba lengua búlgara en la Universidad Nacional Autónoma de México. Ni siquiera puedo encontrar en mi papelería la referida entrevista. La revista *Plural* (1971-1994), de aparición mensual, fue encabezada durante sus primeros cinco años por el futuro Nobel, Octavio Paz (1990). Uno de sus números fue dedicado a las letras búlgaras, con dibujos, en interiores y portada, de Ilía Beshkov. La edición tenía un tiraje grande y era enviada a muchos lugares en toda la hispanidad y fuera de ella, por lo tanto, la entrevista búlgara de Rulfo la pudieron

haber leído, por ejemplo, filipinos, a quienes ignoro qué otras cosas nuestras les habrán llegado.

Aquel Encuentro Internacional de Escritores me dio una imprevisible e inolvidable vivencia latinoamericana fuera de América Latina: conocimiento con Juan Rulfo. Corto sí, una sola vez, pero nos apretamos las manos, estuvimos en una mesa, platicamos, yo le preguntaba, él respondía. Y fuimos fotografiados. Pueden ser llamadas las fotos sofiotas de Juan Rulfo, no las he difundido, como muchas otras cosas de mi archivo, pero son diecisiete fotografías en blanco y negro en las cuales el célebre invitado aparece en el hotel Moskva. En aquel tiempo el ingeniero Zafer Galibov todavía no era doctor de historia del arte ni autor de *Svetlopsi* (historia de la fotografía búlgara, 2017), pero ya éramos amigos; durante años vivimos con nuestras familias en dos apartamentos separados por una pared común. Lo llamé para el encuentro con el mexicano. Apresurado, como lo es también ahora, aceptó en el momento: “Tú no más dime a quién fotografiar”. Con un olfato e ímpetu de profesional captó expresiones típicas del mexicano y si éste se hubiera visto en papel —pues él mismo era fotógrafo—, probablemente le gustaría el resultado. Aquellas lindas fotos las considero parte de mis oportunidades perdidas, que describiré en otro momento, ya que son parte de las relaciones búlgaras con la lusofonía y la hispanidad. Pero vivíamos la Guerra Fría, mantener contacto con alguien detrás de la Cortina de Hierro, mandarles fotos, no era fácil como en la actualidad; servicios secretos abrían cartas y miraban qué había en ellas, tenían que justificar sus salarios. Las fotos en cuestión testimonian, por lo demás, qué cigarros fumaba, al menos aquí, Rulfo: Kent, he aquí una cajetilla en la mesita baja, el hombre hablando, yo anotando. En una foto estoy a su lado derecho, entre varios de pie; el del extremo opuesto es el corpulento español Camilo José Cela, futuro Nobel (1989) y a quien, por sus méritos literarios, el rey Juan Carlos le otorgaría el título de marqués. ¡Ay, ay, caramba!, qué tiempos: Rulfo en Bulgaria, yo con cabello y 35 años. Recuerdo estar sentado en el lobby del hotel con Nazemi esperando emocionado que apareciera Rulfo: ahí está él, viene no desde el elevador, sino que baja por la escalera pues estaba alojado en el piso de encima, con traje oscuro, camisa blanca, corbata. Da pasos lentamente, casi cuidadoso, temeroso. Al aproximarse vi que su cara era pálida y bien afeitada y el cuerpo flaco, de algún modo frágil. Habla despacioso, fuma despacioso. Durante el encuentro yo tenía el sentimiento de algo increíble: estoy a un metro de Juan Rulfo, aprieto la diestra que ha escrito *Pedro Páramo*, obra elogiada por el mismo García Márquez.

En la sala de conferencias del hotel Moskva se realizó un encuentro con los escritores hispánicos, entre ellos estaba también Juan Rulfo. Participaron hispanistas y personas que no hablan el idioma. ¿Será que hubo preguntas al mexicano?, ¿cuáles y qué respondió? No sé, no asistí.

Todo lo que he escrito no agota el tema de Rulfo en Bulgaria. Voy a marcar rastros que han quedado fuera de las páginas presentes. Hay que examinar, en el Ministerio de Relaciones Exteriores, la correspondencia relativa a la invitación del escritor hecha a través de nuestra Embajada en México. Lo mismo con la documentación de la Unión de Escritores Búlgaros acerca del Encuentro Internacional de Escritores de 1977. Seguramente hay fotos en las cuales aparece Rulfo. Sin duda la prensa echaría bastante luz sobre lo que he contado aquí, no sólo por la publicación de cuentos sino por las notas que los acompañen y los numerosos textos sobre el realismo mágico y la nueva narrativa hispanoamericana, traducidos y escritos por búlgaros. No sé en cuántos países fuera de la hispanidad fue celebrado el centenario del nacimiento del mexicano (2018), pero en Sofía se hizo y no de cualquier forma: el Instituto Cervantes organizó una charla ofrecida por Liliana Tabakova.

En 1961, en la Universidad de Sofía San Clemente de Ojrida, fue inaugurada la especialidad de filología española. Soy representante de su primera generación. En esta especialidad la obra de Rulfo es enseñada en la asignatura obligatoria de literatura hispanoamericana y por consiguiente, parte del examen. Es decir, se les dan a los estudiantes conocimientos teóricos concernientes a lo hecho por el escritor y su importancia en el desarrollo de la literatura de Latinoamérica a lo largo del siglo XX. Hasta ahora más de mil quinientas personas fueron matriculadas en esta especialidad, una cantidad impresionante y que ejemplifica el arraigo del estudio en torno a la obra de Rulfo entre nosotros. Nedialka Minkova terminó su educación superior con una tesina sobre la obra de Rulfo.

El hecho de que el español sea la segunda lengua extranjera más estudiada después de inglés, es una circunstancia favorable para que muchos búlgaros lean a Rulfo sin servicios de traductores: es más conocido de lo que indican los datos bibliográficos.

Hoy, gracias a la colección *El gallo de oro y otras historias*, ofrecida por la Editora Latchezar Mintcheff, este admirador búlgaro de las letras latinoamericanas gana una oportunidad rara para los lectores búlgaros en español, puesto que llegan sobre todo la novela *Pedro Páramo* y, con menos frecuencia, los cuentos de *El llano en llamas*: gracias a *El gallo de oro* disponemos, en Bulgaria, de la trinidad de Rulfo. ☒

Rumen Stoyanov (Bulgaria, 1941). Poeta y traductor búlgaro, vivió en Brasil y en México como diplomático y como profesor. Sus traducciones de Juan Rulfo y Gabriel García Márquez, entre otras muchas, son esenciales para la difusión de nuestros autores.

Paola Velasco (Xalapa, 1971). Escritora mexicana, ensayista narradora, traductora, poeta, editora, guionista y promotora cultural. Estudió la licenciatura en la Facultad de Letras Españolas de la Universidad Veracruzana y el posgrado en Letras Latinoamericanas en la Universidad Nacional Autónoma de México.